

Corolarios arquitectónicos

Arquitectura y sociedad, un binomio mal-tratado

ROBERTO GOYCOOLEA

Departamento de Arquitectura, Universidad de Alcalá

RESUMEN

El crecimiento urbano de las últimas décadas presenta en España, como en muchos otros países, dos fenómenos significativos: el traspaso de la iniciativa de configuración y gestión de la ciudad, del Estado a la empresa privada y la creciente importancia de las «arquitecturas emblemáticas» como centro de atención del espacio habitable. En sí mismas ninguna de estas iniciativas sería negativa sino fuese porque, del modo en que se están desarrollando, no han paliado uno de los problemas más importantes que presentan las ciudades modernas: el malestar, cuando no anomia, de los ciudadanos por el espacio que habitan, debido a la imposición de modelos urbanos que no contribuyen a la sociabilidad. Ante ello, parece imprescindible recuperar una relación más positiva entre arquitectura y sociedad, partiendo de una participación efectiva de los ciudadanos en la configuración y gestión de su hábitat.

Palabras clave: Arquitectura. Urbanismo. Arquitectura y sociedad. Movimiento moderno. Crítica urbana.

Somos seres arquitectónicos. Más de la mitad de la población mundial y prácticamente la totalidad de los habitantes de los «países desarrollados» pasa al nacer de vivir en el vientre materno a hacerlo en «vientres arquitectónicos». Excluyendo algunos momentos excepcionales en los que podemos disfrutar de un entorno natural impoluto, todas nuestras múltiples actividades sociales e individuales se desarrollarán, a lo largo de la vida, en asentamientos y espacios de uno u otro modo, configurados por arquitectos o asimilables. [Fig. 1]

Comparado con otros animales que fabrican sus propios albergues, tanto los cobijos artificiales que el hombre erige como los territorios que humaniza son realmente singulares. Por un lado, separándose de abejas, hormigas y demás «constructores» animales, sus construcciones no están genéticamente determinadas; pueden, como efectivamente ocurre, presentar una variedad formal, técnica y organizativa enorme —cabaña, ruca, tipi, iglú, jaima...— y sólo en el último siglo los avances en el control artificial del clima y la normalización de los productos industriales ha homogeneizado las construcciones a escala planetaria. Por otro lado, esta multiplicidad de estructuras habitables muestra que al contrario de las abejas, incapaces de sobrevivir en un hormiguero, el hombre no está biológicamente determinado para vivir en cierto tipo de arquitectura, pudiendo adaptarse a las más distintas formas de ocupación del espacio incluso a lo largo de una vida, como ocurre, por ejemplo, con un inmigrante subsahariano establecido en el norte europeo. Sin embargo, la evidente autonomía del hombre respecto al medio que habita no significa que el «vientre arquitectónico» que en cada momento lo acoge le sea indiferente.

Desde que el hombre comenzó a reflexionar sobre sus condiciones de vida, ha subrayado la importancia de las propiedades de un lugar para quienes ahí se asientan. En las primeras reflexiones geográficas la preocupación se centraba en los efectos de los distintos climas, territorios, aguas y suelos sobre la salud. Así, por ejemplo, L. B. Alberti, apelando a la autoridad de antiguos maestros, enumera diversas condiciones a cumplir por el emplazamiento de una ciudad en el momento de fundarse para lograr que los habitantes vivan mejor y más seguros; aconseja, por ejemplo, evitar lugares azotados «en exceso por vientos molestos, especialmente por el viento del norte: ese viento, en efecto, dice Hesiodo, hace que los hombres, sobre todo los viejos, se vuelvan torpes de movimientos y encorvados»¹. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX surgió en las ciencias sociales una preocupación científica no sólo sobre los efectos médicos de los espacios habitables sino, también, sobre sus consecuencias sociales y espirituales.

Desde distintas ópticas estos estudios reconocen que una parte fundamental del bienestar personal y colectivo depende de una correcta relación con el medio que se habita, pero discrepan en el modo en que se produce, presentándose dos tesis opuestas: el determinismo, con origen en Federico Ratzel (1844-1904), pretende explicar los hechos

humanos por los imperativos físicos propios de la naturaleza y el posibilismo, que con Vidal de la Blache (1843-1918) al frente, rechaza la subordinación del hombre al medio sosteniendo que el papel desarrollado por el ambiente no permite establecer leyes absolutas, sino que es el hombre el que decide en última instancia dentro de las posibilidades varias que le ofrece la naturaleza². La propia experiencia cotidiana ha avalado las tesis in-deterministas: no todos los nacidos en las favelas son delincuentes ni los nativos de Harlem baloncestistas. Pero que no sea una relación necesaria, no elimina la constatación de que difícilmente una sociedad, un individuo, puede llegar a desarrollarse plenamente si el lugar en que realiza su vida es para él hostil, indiferente y/o impuesto contra su voluntad. Un desarraigo que, en casos extremos, es indiferente de la riqueza o belleza del lugar: si es impuesto, tanto el rico harén otomano como el paupérrimo *museçue* angoleño pueden ser igualmente coercitivos. [Fig. 2]

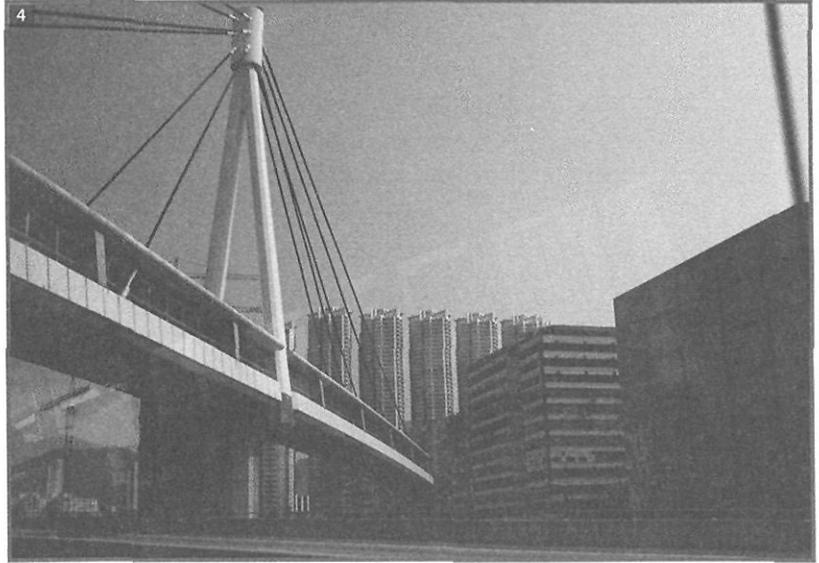
Desde esta perspectiva, la principal labor de los encargados de configurar y gestionar el espacio habitable consistiría en proporcionar a los ciudadanos un entorno que no sea hostil, indiferente ni impuesto. De una u otra manera, el ideal de lograr un espacio hermoso, afable y propicio ha guiado la arquitectura y la planificación urbana desde que existen como disciplina, sobre todo en épocas recientes, cuando el quehacer profesional se extiende a la mayoría de la población. Sin dejar lugar a dudas, los arquitectos del movimiento moderno proclamaron este objetivo social en sus propuestas: «Reglas inviolables [los principios de la nueva arquitectura y del nuevo urbanismo] garantizarán a los habitantes: el bienestar del alojamiento, la facilidad del trabajo, el empleo feliz de las horas libres. El alma de la ciudad quedará vivificada por la claridad del plan»³. La fe depositada en sus ideas fue enorme. Llegaron a pensar que sus obras suponían «el umbral de una nueva era para la humanidad». Aunque la idea de que la arquitectura puede tener efectos pedagógicos en la sociedad había adquirido cierta difusión desde la Ilustración —Ledoux, por ejemplo, atribuye al arquitecto la función de un guía de la sociedad—, nadie había otorgado un papel tan relevante al arquitecto en el sistema social como Le Corbusier y sus epígonos⁴. [Fig. 3]

La oportunidad de aplicar sus teorías la tuvieron los arquitectos modernos en las décadas posteriores a la II Guerra Mundial. Una época donde la solución a las enormes demandas de vivienda, equipamien-

tos e infraestructuras urbanas se abordó a nivel mundial desde los principios urbanos y arquitectónicos sistematizados en la *Carta de Atenas*. Gracias a la generalización de este nuevo urbanismo, las metrópolis contemporáneas, pese a todos sus evidentes problemas, presentan un trazado y unas edificaciones, especialmente las habitacionales, con unas cotas de calidad constructiva, confort, higiene, servicios e infraestructuras como nunca en la historia. Sin embargo, pese a estos logros y al contrario de lo que esperaban sus promotores, las críticas a la ciudad moderna no han parado de aumentar en el último medio siglo. Al comienzo las censuras surgieron de ámbitos académicos y organizaciones de ciudadanos afectados por problemas específicos. Con el tiempo la sociedad ha hecho suyas estas críticas, al punto de que la defensa de la «ciudad histórica», precisamente la que los arquitectos modernos querían sustituir —recuérdese el Plan Voisin que Le Corbusier presenta en 1925 para rehacer París destruyendo toda la ciudad histórica—, se ha convertido en ideario político, social y disciplinar. La situación es, sin duda, paradójica. Ninguna sociedad ha planteado algo parecido y la pregunta que surge de esta situación es evidente: ¿qué sucedió para que la ciudad moderna, diseñada racionalmente y con mejores prestaciones objetivas, cause tanto malestar entre los ciudadanos? [Fig. 4]

Según lo entendemos, tras la incapacidad del urbanismo moderno para configurar un medio hermoso y afable, subyacen dos cuestiones distintas. Por un lado, se tuvo una visión demasiado simplista de las estructuras espaciales y sociales; la ciudad es mucho más que una máquina o un organismo como solían repetir los arquitectos modernos. Por otro, en la definición de los «principios del urbanismo» no se otorgó la debida importancia a los procesos de percepción y comprensión del espacio; no se consideró que la configuración de un «espacio habitable» no es sólo una cuestión de medidas, sino algo sumamente complejo, debido a que la percepción, comprensión y uso del espacio no es un proceso unívoco ni objetivo.

Un espacio plenamente habitable no surge sólo de las condiciones materiales, de la calidad de los servicios, ni de la cantidad de jardines o espacio construido disponible, aunque esto pueda ayudar. La calidad de la *experiencia espacial* que se obtiene de un hábitat determinado no es algo que se pueda prever ni controlar totalmente a priori, como querían los redactores de la *Carta de Atenas*. Una serie de fac-



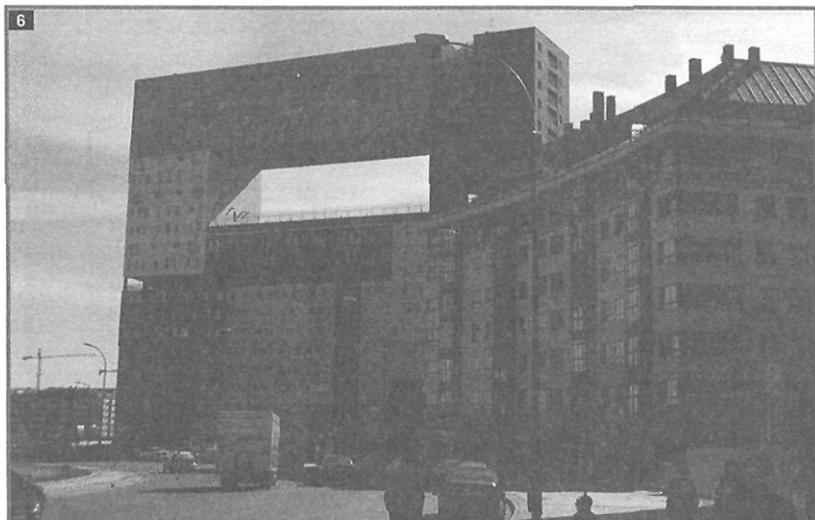
tores psicológicos y culturales, difícilmente previsibles, hacen que las interpretaciones que los diferentes sujetos obtienen de un mismo lugar sean personales y sensiblemente distintas. La demolición en 1972 del conjunto habitacional Pruitt-Igoe, en St. Louis, Missouri, construido unos veinte años atrás por un reconocido arquitecto, Minoru Yamasaki, por no haber podido responder de manera satisfactoria a las necesidades de la población para la cual se había destinado; así como los disturbios juveniles del extrarradio de París de 2005, entre otros ejemplos conocidos, dejan patente las diferentes lecturas que se pueden tener de un mismo espacio. Los promotores políticos y profesionales de estos barrios consideraban que sus proyectos, diseñados siguiendo las más modernas teorías urbanas y arquitectónicas, conformarían un enclave de tanta calidad que llegaría incluso a redimir espiritualmente a sus habitantes. Sin embargo, las cosas siguieron otros derroteros, y terminaron como todos sabemos. Y en este proceso de degradación urbana es importante recordar que el fracaso no se debió a que los habitantes «no sabían nada de urbanismo», como más de alguno ha sentenciado. [Fig. 5]

Sería ingenuo pensar que urbanistas y arquitectos son los únicos responsables de situaciones como las comentadas, pero tampoco son inocentes. Demasiado a menudo trasponen sus propios deseos y con-



vicciones a toda la sociedad, olvidando que el hombre no es física ni culturalmente unívoco, que las percepciones que diferentes sujetos tienen de un mismo lugar pueden ser sensiblemente distintas. En su esclarecedora *Geografía del bienestar*, A. Bailly advierte que los emigrantes africanos ven en Ginebra todas las características de lo contemporáneo, en cambio los europeos perciben en ella la imagen congelada de la antigua, tolerante y apacible ciudad de Jean-Jacques Rousseau⁵. Otro ejemplo más cercano de las diferencias de criterios que pueden llegar a plantearse entre los arquitectos y la sociedad para la que construyen son las críticas de los usuarios al edificio el Mirador del nuevo barrio de Sanchinarro en Madrid. Un edificio muy valorado por los profesionales del diseño, expuesto incluso en el MOMA de Nueva York como hito de la nueva arquitectura española

por sus propuestas inéditas y liberadoras para resolver el problema de la vivienda. Indiferentes a todos estos reconocimientos, los vecinos han demandado judicialmente al Ayuntamiento, como promotor del inmueble, tanto por los problemas urbanos como arquitectónicos que presenta. «Este edificio está hecho para mirarlo, no para vivir», sentencia un vecino⁶. [Fig. 6] Yendo aún más lejos, el urbanista Ramón López de Lucio considera que el auge de estos «edificios singulares de prestigio» o de esta «arquitectura de autor», como también se la conoce, envueltos en una creciente parafernalia mediática, sirven para ocultar a la opinión pública, a los ciudadanos, al propio gremio de arquitectos, la falta de «lugares urbanos significativos» —característicos de la ciudad compleja, compacta, continua—, «difuminados por la marea de los tejidos y de los enclaves basura y de sus correspondientes e hipertrofiadas infraestructuras de movilidad [...] Enclaves



sin historia, sin referentes, sin símbolos, sin nudos de urbanización reconocibles. Tan sólo el centro comercial como sumidero de actividad, como auténtico agujero negro gravitacional que absorbe la escasa vitalidad urbana de los nuevos tejidos»⁷. [Fig. 7]

Visto con cierta perspectiva histórica, cuesta entender este afán impositivo de los gestores urbanos porque se sabe que, tratados adecua-



damente, los factores psicológicos de la percepción del espacio pueden transformarse en importantes agentes para mejorar la habitabilidad. En Madrid tenemos un ejemplo antológico. En los años setenta se intentó derribar el mercado de Olavide en Malasaña, por entonces un barrio degradado social y materialmente. Se organizó una cruzada ciudadana para salvarlo. Aunque la protesta no logró su objetivo, hizo que mucha gente «descubriera el lugar», sus pequeñas plazas, las historias de las heroínas amotinadas contra las tropas de Napoleón, sus señoriales y decadentes edificios a precios asequibles. Poco a poco, sin ninguna intervención oficial ni de promotores inmobiliarios: artistas, intelectuales, profesionales y otros desencantados de las anodinas barriadas periféricas se fueron a vivir al barrio, convirtiéndolo en un lugar social y culturalmente atractivo, a la par que económicamente viable. Este ejemplo, como otros que el lector probablemente conoce, muestra que la positiva participación del ciudadano en el destino del espacio que habita sólo se produce si éste se identifica con el medio en que vive y considera propio el devenir de la ciudad⁸. [Fig. 8]

Aunque resulta sencillo formularlo, no es fácil conseguir la identificación de los usuarios con el medio que habitan porque, como se





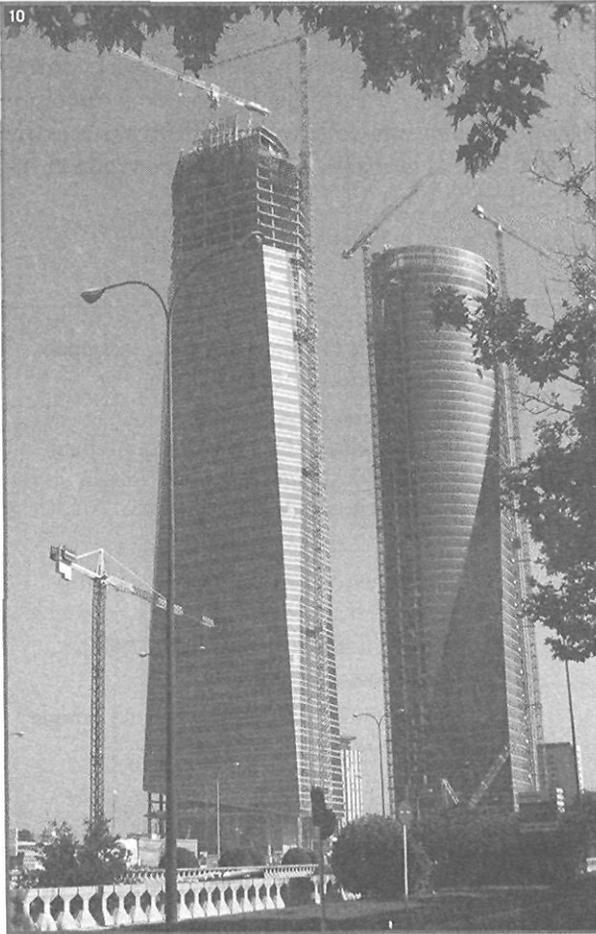
apuntó, depende de factores sociales y personales difícilmente previsible. Sin embargo, al igual que ocurre con los vínculos sociales —donde las amistades funcionales (laborales, comerciales o de transporte) suelen ser menos interesantes y profundas que las afectivas (amistad, ideología, gusto)—, la buena relación entre arquitectura y sociedad nace de una forma de organización espacial que permita integrar mayor pluralidad de diferencias y de una relación afectiva de los vecinos con ese espacio surgida de la experiencia vital positiva. «El haber del hombre, en el sentido de *lo que le es propio*, se forma en el habitar, así como las actividades habituales que el habitar entraña constituyen *el haber* de la arquitectura: sus *propiedades*, en las que reconocemos para qué es *hábil* o apta»⁹. Por esto, si la intención de políticos, arquitectos y urbanistas es lograr una ciudad habitable, si se desea configurar un espacio con el cual los ciudadanos se identifiquen y hagan suyo, es indispensable potenciar los lugares de encuentro y paseos, los servicios personalizados, la oferta cultural y las actividades afines que permitan el desarrollo de la persona en una relación de simpatía con sus vecinos y la ciudad. [Fig. 9]

La tarea planteada se podría sintetizar en la necesidad de recuperar una noción cualitativa de la ciudad casi tan antigua como su existen-

cia y magistralmente resumida por Sófocles hace más de dos mil años: «La ciudad es gente, la ciudad son los hombres, la ciudad es vida». En sus últimas consecuencias esta tesis implica una transformación radical en las prácticas urbanas y arquitectónicas habituales, puesto que viene a decir que la ciudad puede existir sin necesidad de poseer una materialidad definida, sin viales, edificios ni infraestructuras: «La ciudad no consiste en piedras y en ladrillos, sino en ciudadanos», recalca San Agustín.

Sin llegar al extremo de considerar realmente posible una ciudad sólo de ciudadanos, sin calles, casas, plazas ni mercados, la tesis planteada —la ciudad son los ciudadanos— subraya la importancia de las cualidades «inmateriales» sobre la a menudo sobrestimada influencia de las infraestructuras y las edificaciones en la vida urbana. Sin duda, por la permanencia histórica de la traza y las construcciones es fácil considerarlas como lo fundamental de la ciudad. Pero el hecho, repetidamente constatado, de que un mismo espacio urbano o arquitectónico pueda albergar actividades distintas, muestra la relativa independencia de la vida de los ciudadanos de las características formales de la ciudad.

En términos urbanísticos esto supone que la ciudad no debe (no debería) seguir creciendo con base en un «urbanismo», por llamarlo de algún modo, basado en la iniciativa privada, cuando no en la mera especulación; ni en un diseño centrado en sus aspectos técnicos y cuantitativos, que, si bien importantes, no son suficientes. Según lo entendemos, la manera de lograr realmente una «ciudad habitable» es que la actividad de los encargados de diseñar y construir la ciudad se oriente a crear los espacios necesarios para que los ciudadanos puedan desarrollar adecuadamente sus actividades «políticas». Consiste en aplicar la tan repetida (como otras tantas veces olvidada) premisa de que el urbanismo y la arquitectura no son un fin en sí, sino disciplinas al servicio del hombre y la sociedad. Nada de esto parece guiar hoy las actuaciones sobre el territorio ni las configuraciones del espacio habitable. A veces parece que se actúa directamente contra el ciudadano, imponiendo modos de vida a todas las escalas urbanas: de las servidumbres del transporte, con su conocida contaminación y estrés, a la ocupación del territorio en baja densidad con la consiguiente destrucción del paisaje; de la sublimación del centro comercial como lugar de servicios y ocio, a una zonificación funcional que sólo favorece a la



especulación inmobiliaria; de la destrucción del paisaje a la construcción de invivibles «plazas duras», etc. En otras palabras, el urbanismo actual ha dejado de ser considerado como una función pública de primer orden, por su implicación sobre el interés colectivo, para convertirse en una actividad en la que el protagonismo corresponde a la iniciativa del propietario privado. En una entrevista reciente el profesor J. Bosque Maurel reclamaba, frente al atropello del «urbanismo salvaje», un urbanismo inteligente, aquel en que los ciudadanos, como principales perjudicados o beneficiarios de los planes de ordenación, deberían tener mayor participación en su redacción y gestión¹⁰. [Fig. 10]

Ciertamente, no es fácil articular la participación de los usuarios en la configuración del espacio habitable. Requiere, de partida, cambios importantes en las mentalidades y modos de actuar asentados entre los encargados de configurar la ciudad. Sobre

todo, supone lo que F. Ascher denomina el paso del gobierno de las ciudades a la gobernanza urbana: «La gobernanza urbana supone un enriquecimiento de la democracia representativa por nuevos procedimientos deliberativos y consultivos. Se hace necesaria una relación más directa con los ciudadanos y al mismo tiempo formas democráticas de representación a escala metropolitana, que es la escala a la que deben tomarse las decisiones urbanas estructurales y estratégicas. Esta nivelación de la democracia local es uno de los elementos esenciales del futuro de las ciudades y de las sociedades occidentales. El riesgo de que la mayor autonomía de los individuos y la fuerza creciente de la economía de mercado profundicen las desigualdades sociales actuales o de que aparezcan otras nuevas es muy alto. Y la democracia

de vecindad sin democracia metropolitana no basta para que los ciudadanos tomen conciencia de que su suerte va unida. Por el contrario, el debate democrático sobre el futuro y la gestión de la metápolis puede contribuir a desarrollar esta solidaridad reflexiva, necesaria a todos los niveles —del local al global— y de la que depende el futuro de nuestras sociedades».

NOTAS

1. Alberti, Leon Battista, *De re aedificatoria* [1485], L. IV.II, Akal, Madrid, 1991.
2. Bosque Maurel, Joaquín y Francisco Ortega Alba, *Historia y crítica del pensamiento geográfico*, Oikos-Tau, Barcelona, 1995.
3. Le Corbusier, *Principios de urbanismo. La Carta de Atenas* [1933], Planeta Agostini, Barcelona, 1993, Art. 32.
4. Krufft, Hanno-Walter, *Historia de la teoría de la arquitectura* [1985], Alianza Forma, Madrid, 1990, p. 681.
5. Bailly, Antoine S., *La géographie du bien-être*, PUF, París, 1981.
6. Treceño, Jaime G., «De vanguardia a chapuza», *El Mundo*, Madrid, 26/09/2007.
7. López de Lucio, Ramón, «El tsunami urbanizador, la ciudad-basura y las arquitecturas de prestigio», *Rev. Arquitectura*, 346, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 2006, pp. 86-89.
8. Bailly, Antoine S., *La géographie du bien-être*, PUF, París, 1981.
9. Morales, J. Ricardo, *Arquitectónica* [1966], Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.
10. Ramos, Ramón, «Entrevista a Joaquín Bosque Maurel», *Granada Hoy*, 11/02/2007.

1. Somos seres arquitectónicos: nacemos, vivimos y morimos en entornos construidos. Pamplona. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
2. Sin ser determinista, las características del hábitat condicionan el desarrollo individual y colectivo. *Museque* en Luanda, Angola. (Foto: Paz Núñez.)
3. Los arquitectos modernos llegaron a pensar que sus obras suponían «el umbral de una nueva era para la humanidad». Le Corbusier, Unidad habitacional, Berlín, 1956. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
4. ¿Por qué la ciudad moderna, diseñada racionalmente y con mejores prestaciones objetivas, causa tanto malestar entre los ciudadanos? Viviendas e infraestructuras, Hong Kong. (Foto: Carlos Caballero.)
5. Entrevías, Madrid, un barrio construido siguiendo los principios recogidos en la *Carta de Atenas* que no ha logrado configurarse en «ciudad habitable». (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
6. Edificio «Mirador», Sancharro, Madrid: «arquitectura de autor» en un entorno urbano inusual. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
7. «El centro comercial como sumidero de actividad, como auténtico agujero negro gravitacional que absorbe la escasa vitalidad urbana de los nuevos tejidos». Centro comercial, Lisboa. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
8. El espacio habitable sólo se produce cuando el ciudadano se identifica con el medio en que vive y considera propio el devenir de la ciudad. Granada. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
9. Hay que diseñar espacios que permitan el desarrollo de la persona en una relación de simpatía con sus vecinos y la ciudad. Funchal, Madeira. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)
10. «Urbanismo salvaje» basado en la rentabilidad inmobiliaria privada y a espaldas de ciudadanos y vecinos, Madrid. (Foto: Roberto Goycoolea Prado.)